

Están Invitados

28 DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

A veces, cuando nos enfrentamos con una oportunidad increíble, tenemos la propensión de dejarla pasar o rechazarla. Típicamente, dudamos, sospechamos su autenticidad, o simplemente la ignoramos; esto es similar a lo que encontramos en el Evangelio de este fin de semana. Jesús nos habla de un rey que prepara un magnífico banquete para su hijo, pero cuando envía a sus sirvientes a invitar a los invitados, su invitación es rechazada. En este caso, es recibida con indiferencia y sospecha. Aquí tenemos una invitación especial e increíble, y sin embargo, la reacción de muchos fue de rechazo.

Nuestra primera lectura de Isaías, así como el Salmo nos presenta un hermoso cuadro de lo que conlleva el banquete del Señor, lo que Dios nos proporciona y ofrece. Oímos hablar de "platos suculentos", "vinos exquisitos", un triunfo contra la muerte, "fuentes tranquilas", la bondad, la amabilidad, la seguridad y el coraje. Parece como si dones maravillosos nos esperan en el banquete del Señor, pero como nos dice Jesús, muchos de los invitados rechazaron la invitación prefiriendo vivir en las distracciones de esta vida. En cierto sentido, lo mismo se podría decir de nosotros. A veces, somos como aquellos que fueron invitados por primera vez porque, por ejemplo, podemos encontrar que la invitación del Señor como demasiado exigente o difícil. Además, podemos creer que no necesitamos el cambio o quizás preferimos ser engañados por conceptos falsos de la felicidad. Todas estas cosas nos llevan a creer que la invitación del Señor, de alguna manera, amenaza nuestra felicidad, pero en realidad, el peligro de este rechazo es que nos evita de tener una relación con Jesucristo y de recibir la bendición del Señor.

Una forma en que rechazamos diariamente esta invitación es en la forma en que el Señor nos invita a entrar en relación con los demás. Esta invitación puede venir alrededor de una mesa donde tenemos la oportunidad de hablar y participar con nuestros padres o hijos, pero en cambio, terminamos comiendo con rapidez para evitar la conversación o usando teléfonos celulares en la mesa. El Señor también puede invitarnos a participar en un diálogo sincero con aquellos que tienen opiniones contrarias. Podemos ser llamados a escuchar y proceder con conversaciones respetuosas, pero en vez de eso, nos acercamos con una agenda personal y nos involucramos en un argumento negativo. Una invitación también puede presentarse en forma de reconciliación. El Señor quiere ofrecernos su amorosa misericordia y una oportunidad para paz en nuestras vidas a través del Sacramento de la Reconciliación, pero en vez de eso, le damos la espalda al Señor y afirmamos que no tenemos nada que confesar, que no tenemos necesidad de cambiar, o que no tenemos tiempo para acercarnos al sacramento. También está la invitación

semanal al banquete del Hijo, la Sagrada Misa, pero en vez de eso, nos encontramos haciendo otros planes o no vemos la Misa como algo central y valioso en nuestras vidas.

Como comenzamos a ver, esta invitación de Jesucristo es continua. Es cierto que hemos aceptado la invitación inicial del Señor a través de las aguas del Bautismo, pero el Señor nunca deja de llamarnos. Nunca deja de invitarnos a un conocimiento más profundo de nosotros mismos, a una comprensión más profunda de vivir en comunión, a una apreciación más profunda de su Creación, y a una comprensión más profunda de una relación con Él. Hoy, Él pone ante nosotros toda la bondad y benevolencia que viene con esta invitación, algo que en cierto sentido es demasiado bueno para dejarlo pasar; la pregunta entonces es: ¿aceptamos o rechazamos la invitación del Señor?